



Dr. Osvaldo Puccio

Ucrania

No todo pareciera ser como se ve

La política internacional es el espacio de la política donde la memoria es larga y en la que las referencias para los movimientos tácticos encuentran sustento, justificación y fundamento en corrientes profundas de la historia de los involucrados y en donde la mirada larga de las consecuencias del movimiento suele superar la vigencia de los actores en liza al momento de la circunstancia.

Es por ello que conflictos como el que actualmente se ha instalado en Europa que geográficamente hablando es una península del continente asiático (esta condición no es irrelevante para los efectos de Rusia, contendiente protagónico de la crisis) se enraízan con lo que ha sido la relación secular entre el Este y del Oeste del continente, pero con mucha fuerza con lo que significó lo sucedido desde 1990 en adelante y en las consecuencias que la implosión de la Unión Soviética que tras la Segunda Guerra mundial, en tanto potencia militarmente victoriosa, logró mantener en lo grueso continuidad política y territorial con el Imperio ruso y más aún establecer una zona de influencia y hegemonía similar a la que aquel imperio había ostentado hasta su colapso al fin de la primera guerra.

Basta mirar a los grandes autores de la muy potente literatura rusa para vislumbrar la compleja y por qué no decirlo acomplejada relación de Rusia con Occidente. El „alma rusa“ con „su maldito espíritu asiático que aparece una y otra vez“ al decir del hoy desmonetizado Wladimir I. Ulianov ha mirado siempre a la parte occidental de su continente con una mezcla de admiración reverencial y desconfianza entre cauta y temerosa. Europa occidental con matices, situaciones y posiciones-culturales y geográficas- por su parte se ha satisfecho con una distancia en que se mezclan los aires de superioridad con distintos grados de „ajenidad“. Eso probablemente ha tenido como consecuencia que las empresas bélicas hayan sido regularmente de occidente a oriente y no haya registro histórico de inicios de conflicto en el sentido inverso.

El fin de la segunda guerra mundial significó al mismo tiempo el fin de la centralidad de los países europeos en la configuración de poder global con la sola excepción del imperio ruso que había sido hasta entonces una potencia a considerar en el equilibrio de poderes, pero nunca con una centralidad hegemónica.

Ese imperio ya devenido Unión Soviética asumió un rol de hegemón global al mismo tiempo que los Estados Unidos. Estos se consolidaron como potencia global principal y contraparte directa de la naciente Unión Soviética situada tanto en Europa como en Asia.

Europa Occidental, con la sola resistencia de Francia, más retórica que real aunque desarrolló una cierta capacidad nuclear, se incorporó al área de influencia de Washington que asumió en lo sustantivo la seguridad de la región.

La confrontación bipolar entre ambas potencias se mantuvo por algo menos que un medio siglo en un equilibrio precario e inestable que permitió sin embargo un largo periodo de paz trufado con permanentes guerras vicarias en las periferias de Europa y EEUU. Fue lo que dió en llamarse Guerra Fría.

La implosión de la Unión Soviética, el fin catastrófico del régimen político que le daba contenido, el desmembramiento de ella con el consecuente surgimiento de nuevos países y estados, sobre todo en Asia, aunque en Europa del norte y el sur sucedió lo propio, la salida del área de influencia de Moscú de las naciones de Europa del Este y la unificación del país que había sido derrotado en la segunda guerra y dividido entre los vencedores de ella significó un nuevo orden de cosas y un sustantivo debilitamiento de Rusia.

Ello no obsta y es central para la comprensión del conflicto que nos ocupa que ante el fin del Imperio que Rusia encabezaba logró, como lo demuestran documentos que han salido a la luz a raíz de la situación actual en torno a Ucrania, compromisos verbales en el sentido que la OTAN no se extendería hacia el este en el área que la derrotada y debilitada Rusia comprendía cómo vital para su propia seguridad.



Estos compromisos según consta en documentos y declaraciones de protagonistas de las negociaciones de entonces fueron tanto de autoridades de EEUU como de Inglaterra, Francia y también de la recién unificada Alemania cuya parte occidental había sido protagonista de los acercamientos al Este durante la guerra fría en lo que en su momento dió en llamarse „distensión y detente“.

En esos documentos se consigna asimismo la voluntad expresada por Michail Gorbatschow, todavía jefe de Estado, de incorporar a Rusia a la OTAN, intención, por lo demás, que tenía un precedente en una sugerencia similar de José Stalin antes de proceder a formar el Pacto de Varsovia que se convirtió en el „pendant“ de los países socialistas a la mencionada OTAN.

Será tarea de los historiadores desentrañar que segundas intenciones hubo o no hubo en una propuesta similar de dos dirigentes tan sustantivamente diferentes cómo el georgiano desacralizado ya en el XX congreso del PCUS y el impulsor de la perestroika.

Tras la Guerra Fría el orden global de dos hegemones se convirtió en un mundo bipolar con una creciente y casi incontrarrestable predominancia de los EEUU en casi todos los planos.

Todas las guerras modernas en que se ha disputado la posición de los contendientes han concluido en la realización de una Conferencia de Paz, algunas cómo Yalta, Viena o Westfalia han sido conferencias que han regulado el nuevo orden entre vencidos y vencedores con un tipo de equilibrio que ha permitido un periodo largo de estabilidad otros como el de Versailles han sido un mandato más cerca de la humillación que de un nuevo cauce que ha estimulado más que un periodo de paz el surgimiento del revanchismo de los perdedores.

La Guerra Fría no concluyó con una conferencia de paz, no obstante guerra larga y cómo decíamos con conflictos vicarios al por doquier, a menos que consintamos que la paradójica manera de regular los espacio de existencia y subsistencia al fin de esa conflagración fue una no en manos de las fuerzas de la diplomacia, sino en la de las armas. La Guerra de los Balcanes.

Fue en esa guerra en la que la OTAN encabezada por EEUU „puso en su lugar“ a una desmoralizada y debilitada Rusia enfrentando con fuerza inusitada al único aliado que ese país tenía al momento. Desde luego las complejidades de la disolución catastrófica y cruel de Yugoslavia, un actor relevante, pacificador y de gran prestancia durante la Guerra Fría, son también muchas otras, pero la impotencia rusa ante el conflicto sin duda generó un sentimiento de revanchismo que alimentó y sustentó la deriva autoritaria y de distanciamiento del poder en Moscú de aquellas tendencias democratizadoras y de respeto a los DDHH que se insinuaron en los albores del cambio post soviético.

A partir del fin de la URSS la hegemonía singular de los EEUU se consolidó aparentemente sin reparo ni contestación, pero a pesar de la apariencia de „fin de la historia“ se fue configurando con fuerza, especialmente a partir de la crisis del 2008 un escenario en que distintos actores entran a competir por la hegemonía en el cuadro global.



Es lo que ha dado en llamarse „interregno hegemónico“, un cuestionamiento activo y a veces con grados distintos de beligerancia de sujetos nuevos en la disputa por la preeminencia de sus intereses materiales, pero también de reputación y reconocimiento (dónde el temor también importa) del mundo unipolar encabezado por EEUU en búsqueda de una estructura de relaciones e influencias globales diferentes a las que se habían configurado a partir de los 90.

China se convierte en este cuadro en el retador principal, más poderoso y con mayores potencialidades.

En el curso de esta crisis China ha dado un cauto apoyo a Rusia, pero ha tomado distancia, mal que mal una de las constantes de su política exterior ha sido no prestar apoyo a acciones de países en territorio ajeno, ni siquiera cuando fuerzas del Viet Nam invadieron Camboya para dar fin al régimen polpotiano.

La Unión Europea busca situarse como una alternativa distinta sustentada en lo principal en lo que ha dado en llamarse „soft power“, pero con una toma de conciencia creciente que ello sólo no es suficiente y que precisa desarrollar y estabilizar una política de seguridad propia e independiente lo que por angas o por mangas significa ir cortando el cordón umbilical con los EEUU en estos aspectos y también en otros y situarse con equidistancia de los otros contendientes por encabezar o definir sustantivamente el Orden Mundial.

Merkel y Macrón representaron con creciente claridad esta alternativa coadyudados desde luego por el aislacionismo caótico de Trump que con sus sospechosos mimbres autoritarios dió fuerza y alas a China y Rusia.

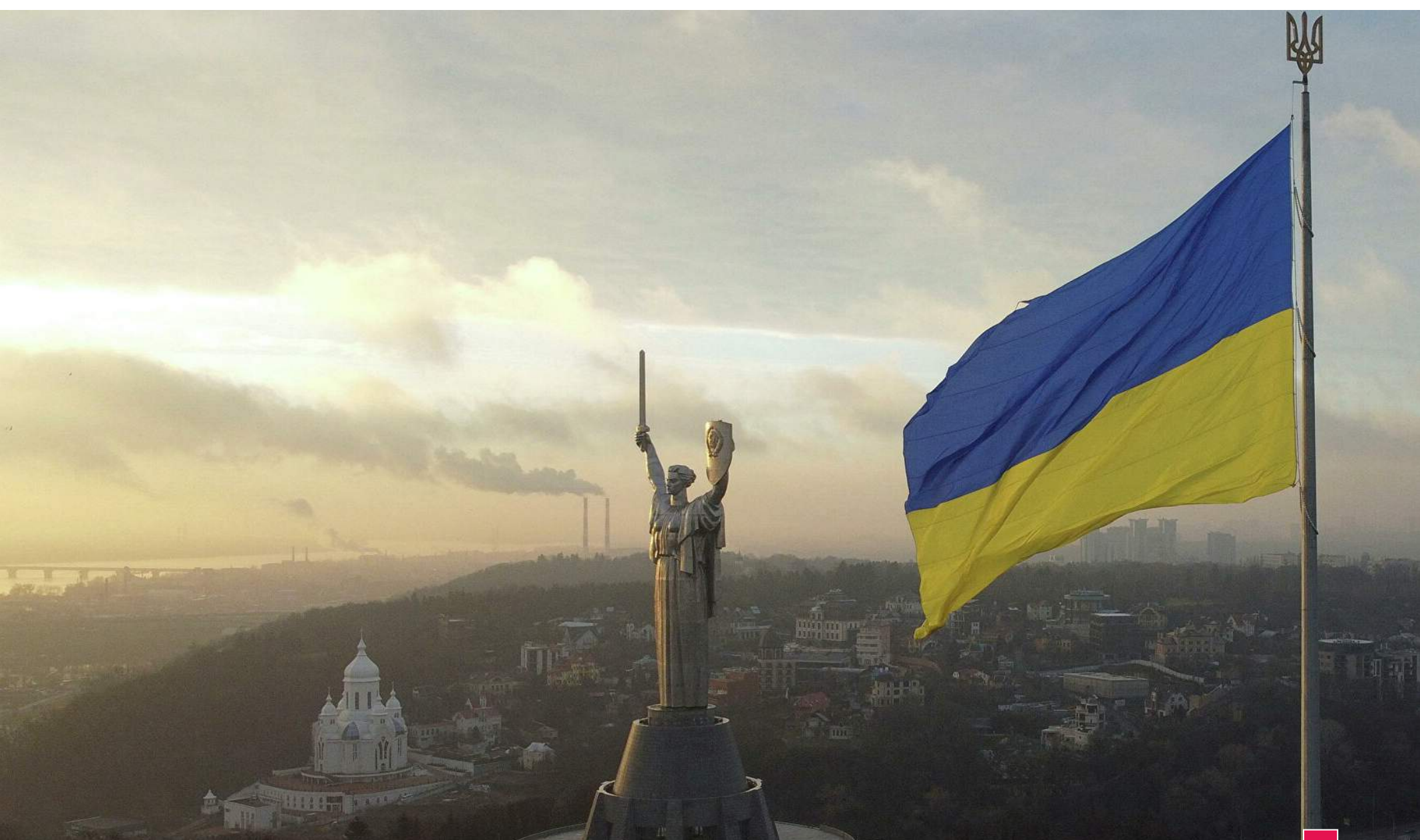
Esta última con una fuerte autoestima recuperada que ha sabido desplegar y encarnar Vladimir Putin para a pesar de su relativa debilidad económica -el PIB de Rusia es similar al de Italia- compensa con una fuerza militar, incluida la atómica, que es la segunda a nivel mundial.

Putin especula con dos factores en Occidente, por un lado unos EEUU profundamente divididos tras Trump con una economía con elementos complejos y negativos y una presidencia débil interna y externamente que no cumplió las grandes expectativas que había creado al suceder al personaje que sucedió y que hubo de retirarse de modo tan subrepticio cómo caótico de Afganistán recordando lo más humillante de la salida de Saigón en abril del 75, pero lo que es peor dejando en la estacada no solo a las fuerzas que lo apoyaron en el país que abandonaba, sino en gran medida a los países aliados que lo acompañaron a la región y por otro una Unión Europea que se encuentra en un complejo punto de inflexión con visiones y proyectos que tienden a divergir dentro de ella y en el que las posiciones, especialmente de cara a Rusia, son distintas y a veces contradictorias dependiendo de las ubicaciones territoriales y el desarrollo histórico principalmente de Yalta en adelante.

Es en este marco que el enfrentamiento en torno a Ucrania se ha convertido en la confrontación más grave y potencialmente peligrosa en Europa desde el final de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética porque cómo señalamos la guerra de los Balcanes fue un brutal y vicario ajuste de cuentas con un orden geopolítico que había concluido en la derrota de forma y contenido de uno de los contendientes.

No es así posible desligar este conflicto de dos elementos actualmente en curso, el primero es la aspiración rusa que al mismo tiempo son los temores atávicos del país con relación a su espacio de seguridad de mantener un cordón sanitario para sus fronteras de una cierta -por ellos definida- profundidad estratégica.

A ello se suma la relación subjetiva de Rusia con Ucrania que asienta su origen en Kiev, país por lo demás que surgió en tanto tal sólo después de la primera guerra constituyendo parte integral de la Unión Soviética desde su creación.





Está bien documentado, cómo señalamos, el compromiso al menos verbal de las potencias occidentales de no integrar a Ucrania y a otros países a la OTAN más allá de las circunstancias de la política interna del país con abstracción que actualmente el control efectivo y al parecer también subjetivo del país corresponde a sus sectores occidentales que en el pasado fueron parte del Imperio Austrohúngaro y se sienten por tanto más vinculados a ese espacio cultural. Ese estado de cosas lo ratifica los logros democráticos conseguidos entre 2013 y 2014 en las manifestaciones populares en Kiew, lo que ha dado en llamarse Euromaidan.

Paralelamente a estos avances democráticos en Ucrania Rusia se anexionó Crimea que Jruschov siendo territorio ruso en tiempos de la URSS cedió a la República Soviética de Ucrania y en la parte rusófona del país se autoproclamaron dos repúblicas independientes en la región de Donbass, Donetsk y Lugansk, ambas sin reconocimiento internacional y en las que discurren sendas guerras civiles de diferente intensidad y donde el apoyo e intervención ruso es significativo.

Vale la pena señalar que las protestas internacionales luego de la anexión por Rusia de su antiguo territorio se han limitado a algunas sanciones sin mayor efecto real y a declaraciones más bien retóricas de distintos dignatarios occidentales.

El segundo son las divisiones internas de la UE que le reduce su capacidad de respuesta común ante los desafíos que se le presentan como comunidad, en ello un conflicto de la magnitud del que está en curso a sólo kilómetros de cualquiera de las capitales de la Unión es un factor que debilita no sólo su presencia sino su capacidad de incidir en el conflicto.



Ello obliga a los europeos comunitarios a profundizar su cada vez más explícita vocación de alcanzar niveles mayores de autonomía en los asuntos de seguridad incluyendo capacidades independientes de intervención en conflictos fuera del continente en desmedro del protagonismo y liderazgo de los EEUU. Demás está decir que el fiasco en que se vieron involucrados en Afganistán sólo han fortalecido estas aspiraciones.

Frente a este conflicto y a la búsqueda de independencia estratégica hay aproximaciones diferentes frente a la situación en Ucrania y no sólo en ella que han determinado un constante cambio de tono de Bruselas, mientras Alemania evita confrontarse directamente y Francia busca un papel de mediador, con éxito algo modesto, países como los bálticos y Polonia prefieren apostar por el paraguas de seguridad americano.

Para estas divergencias hay desde luego razones geográficas e históricas en la pertenencia a la URSS de algunos o a la desconfianza atávica polaca tanto con Rusia como con Alemania, pero también de intereses materiales presentes que van desde la búsqueda de vínculos más flexibles e independientes con China hasta los urgentes de carácter energético dada la gruesa dependencia europea de los hidrocarburos rusos, especialmente Alemania, lo que se materializa en el gasoducto Nord Stream 2 que vadea Ucrania y está técnicamente a punto de funcionar.

Para Rusia estos factores de debilidad tanto en Washington como en Bruselas son sin duda elementos que entiende le permiten „jugar duro“ para los efectos de obtener réditos y ser protagonista.



EEUU por su parte se ha involucrado en este conflicto con un enorme despliegue sobre todo de operaciones propagandísticas que le permiten sentirse nuevamente líder indiscutido del mundo occidental dejando atrás la imagen del fiasco en Kabul, recuperando presencia internacional y „resucitando“ a la OTAN a la que el Presidente de Francia había decretado en „muerte cerebral“. Una Otan rediviva permite a Washington ser actor protagónico nuevamente en Europa en momentos que esta, como señalamos, busca consolidar una mayor independencia estratégica y en no menor medida cómo en el tango cargar al „otario“ de este conflicto las cuentas chicas de una política interna que de cara a las elecciones de mitad de periodo el algo debilitado Biden ve uno que otro nubarrón.

Hiram Johnson, senador de los EEUU, habría hecho ya hace más de un siglo la observación que se convirtió en aforismo siempre repetido en circunstancias similares que „en la guerra la primera víctima es la verdad“.

Este conflicto el primero de esta magnitud que se desarrolla en la época donde las redes sociales, los fake news, la manipulación informativa se convirtieron en poderes materiales capaces de manipular, orientar y congregar en torno a determinadas visiones a grandes grupos sociales de manera transversal se hace aún más difícil percibir la materialidad efectiva de los acontecimientos, cuánto es disposición real al enfrentamiento y cuánto ostentaciones propagandísticas para ganar posiciones en un juego de bluff, gestos vacuos o peligrosos malabarismos con antorchas prendida.

No es descaminado si se mira el Donbass pensar en el 39 con soldados de la SS disfrazados para servir de excusa a la invasión de Polonia, pero tampoco al ver los anuncios cotidianos de la autoridades americanas de la inminencia de la invasión rusa no pensar en Bush y Colin Powell afirmando en Naciones Unidas acerca de la existencia de armas de destrucción masiva no obstante los contundentes antecedentes en contrario entregados por Hans Blix y al hecho que estas armas tras la invasión nunca fueron encontradas, pero esta vez dado el contexto global y la situación interna del planeta covid y malas señales económica incluidas pareciera que las posibilidades que se desencadene una guerra dependen sólo de la eventualidad siempre presente aunque ni inminente que un conjunto de hechos no controlados se conjuguen casualmente y provoquen la catástrofe.

Rusia y USA están haciendo un juego duro y peligroso (con algo de nostalgia de sus roles hegemónicos singulares durante la Guerra Fría) para definir posiciones en el escenario europeo con motivos distintos, USA fortalecer en la región a la OTAN en desmedro del protagonismo político de la UE y Rusia con el propósito de explícito de afirmar su seguridad y evitar ser ninguneado cómo en la guerra de los Balcanes aprovechando y también profundizando (ahí se equivoca) las fisuras al interior de la UE.

“

Hiram Johnson, senador de los EEUU, habría hecho ya hace más de un siglo la observación que se convirtió en aforismo siempre repetido en circunstancias similares que „en la guerra la primera víctima es la verdad“.

”

Fin.



Dr. Osvaldo Puccio

Phd EnFilosofía

Universidad de Humboldt de Berlín